

De la entropía estética en los volátiles de Alfonso García

Néstor Verona Carballo

Hace tiempo que la relación entre el arte y el espectador dejó de ser directa. Cada vez más mediado por la *cultura* (lo que debe ser, lo que es y la trinchera), lo que de arcano tiene el lenguaje que habla el arte se va perdiendo (y de hecho, a este texto le sucede que contribuye a esta pérdida) y diluyendo su consenso (pues conforma un código) en la entropía que llamamos *Arte*. Ajustándonos a esta medida, a la de la incertidumbre existente entre un conjunto de mensajes (de los cuales sólo se va a recibir uno), el arte constituye una pieza de museo: lo que es, por el lugar que ocupa. Si bien el arte es un lenguaje autónomo, dudamos de su irreductibilidad a las actuaciones concretas del habla, es decir, a las obras de arte (las corrientes y las tendencias), pues son proporcionales al desorden del propio sistema. En este juego de neologismos se ubica hoy el objeto artístico, entre la inmediatez perdida y el *nada que decir*. No obstante, subyace la estructura inmóvil, más allá de su historicidad y de sus contingencias. Conseguir que ésta se evidencie desoculta no los contenidos de las obras de arte, sino los significados culturales profundos transmitidos a través de ellas. Atribuirles un sentido implica, pues, participar de lo simbólico: percibir, ordenar, clasificar y dotar de significado al mundo. Lo que de tectónico tiene la obra de Alfonso García la sitúa en este término. Hace ya tiempo que la relación entre el arte y el espectador dejó de ser directa.

Reafirmar la condición escultórica de la obra, en este sentido, es la virtud escondida de las piezas *volátiles* de García. Imprimir con aire el frío acero, un ejercicio casi de alquimia. En un diálogo entre cada elemento del universo y su contraparte, se evocan otros tiempos y porvenires, simetrías que van más allá de lo anecdótico. A ese equilibrio nos referimos: cuando una parte del sistema cerrado interacciona con otra parte y la energía tiende a dividirse por igual. Así, un entramado de opuestos entra en colisión, arrojando luz sobre la materia. Y como una obra de arte nunca existe sola (pues como el mito, existe en relación a otras que determinan su existencia) nos situamos ante aquellas al contemplarla. El juego creativo del artista, la estructura formal de la obra, la respuesta estética que despierta su contemplación y las transformaciones simbólicas de la misma, establecen la manera en que estas referencias cristalizan en ella. Hacer de este hecho algo consciente significa elaborarla a partir de elementos que ya existían con anterioridad, y destinar la obra de arte a ser desmantelada inmediatamente para permitir la creación de otra obra de arte.

Al acero de estas *volatilidades* se ha imprimido, como en la teoría de los fractales, con vacío esta antimateria, la de las referencias culturales. Como la espuma del mar, inunda cada orificio, cada cicatriz, pero sin ser reproducción de sí misma en sentido estricto. El producto artístico manifiesta, de esta forma, otra cosa que lo inmediatamente perceptible, y en esa medida nos enfrentamos con un acto de conocimiento. Esa otra cosa que manifiesta el Arte, es la estructura del objeto, pero para conocerlo en su totalidad, operamos a partir de sus partes. Alfonso García encuentra, con esta nueva propuesta, ese sendero que desandar, el de la construcción de un modelo reducido que facilita la aprehensión del modelo que le ha servido como referencia, al tiempo que añade una nueva dimensión (pues la manera de fabricar la obra difiere de la del modelo inicial). Las piezas que ahora nos ocupan conforman ese continuum, el del análisis del proceso artístico en el marco de la problemática sobre la producción de sentido de la obra en su constante transformación.

La Laguna, a 6 de noviembre de 2007